

ABEL POSSE. COLÓN Y SU EPOPEYA DESDE EL SABER DEMIÚRGICO

LUIS SÁINZ DE MEDRANO

Al abordar este sugestivo tema, es inevitable manifestar que nos encontramos ante uno de los autores surgidos en el «postboom» que ha suscitado mayor atención por parte de la crítica. Yo mismo tengo que declarar que desde el momento en que fui requerido para aportar en uno de los cursos de verano de la Universidad Complutense en El Escorial (1991) mi visión de la obra de Posse hasta entonces publicada, quedé atrapado en un sostenido interés por cuanto proviniera también en adelante de su pluma.

Desde el primer momento tuve claro que entre todas las obras publicadas –y las que siguieron apareciendo me lo confirmarían– existía una profunda conexión, fundamentada en que todos sus personajes principales son buscadores de algo que está más allá de la historia que les ha tocado vivir, que nos encontramos ante una narrativa que me atreví a calificar de «religiosa» en cuanto persigue una religación con los dioses y con sus huellas auténticas en el reino de este mundo, algo que, en suma, podemos definir como «lo absoluto»¹, aunque Posse utiliza diversas denominaciones, en especial la de «lo Abierto».

Rubén Darío, que anticipó tantas cosas en versos que a veces se juzgaron «mármol» y eran «carne vida», lo había dicho en un poema citado sólo por razones circunstanciales: «Es incidencia la Historia. Nuestro destino supremo está más allá del rumbo que marcan las fugaces épocas»². Seguir la narrativa de Abel Posse significa encontrarse, al menos en la mayor parte de los casos con personajes que de un modo u otros tienen este convencimiento y anhelan, en consecuencia, algo que está por encima de lo que les marca la cotidianidad en el reino de este mundo.

Hay otro factor: la historia de los territorios localizados por Europa, sean los Viajes de Marco Polo o las Crónicas de Indias, ha sido elaborada, y no por voluntad de falsear los hechos sino por acomodarlos a lo que resultaba adecuado, privilegiando esto último. Sin salir del ámbito español, encontramos en *Don Quijote* una explicación de la importancia y justificación que puede tener la introducción de acontecimientos no verdaderos. Lo manifiesta el supuesto traductor del texto de Cide Hamete Benengeli, quien, refiriéndose a la posible invención por éste del episodio de la Cueva de Montesinos, recoge las palabras del mismo, quien remite a su vez a las del propio Caballero Andante, el cual en su lecho de muerte «dicen que se retractó della y dijo que él la había inventado por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias»³. De modo que el protagonista pudo haber imaginado algo de lo que se desdijo in extremis, por razones comprensibles basadas en el «convenir» y «cuadrar». Pensemos también en Borges y su «Pierre Menard autor del Quijote», donde asistimos a la peculiar creación de una novela igual y distinta a la de Cervantes, que conviene, por esta segunda circunstancia, a los lectores del siglo XX. En fin, añadiré la apostilla, sin apoyo ajeno alguno, porque se trata de una firme opinión personal que asumí desde siempre, de que todo texto histórico está destinado a ser leído, con el tiempo, como un texto literario.

Cuando hablamos de «el saber demiúrgico» debemos añadir que, en realidad, si nos movemos en el terreno de la historia y de sus comentaristas, es inevitable suponer que normalmente estamos operando sobre las varia-

Luis Sáinz de Medrano

Catedrático Emérito de la Universidad Complutense de Madrid. Ha obtenido el doctorado Honoris Causa por varias Universidades. Ha publicado numerosos trabajos sobre literatura colonial y contemporánea, siendo Rubén Darío una dedicación principal (dirige la «Cátedra Rubén Darío» de la Universidad Complutense). Neruda fue objeto también de varios estudios, entre los que destaca *Pablo Neruda. Cinco ensayos* (1996). Es autor, entre otros libros, de *Letras de la Nueva España* (1992), *La conquista literaria del Cono Sur* (1992) y de una *Historia de la literatura hispanoamericana* de amplia resonancia. Dirigió durante muchos años los *Anales de Literatura Hispanoamericana* de la Universidad Complutense. Ha dirigido, entre otros congresos, el del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de 1984, institución de la que fue presidente entre 1983 y 1985.

1
Me refiero en particular a mi artículo «Abel Posse: la búsqueda de Lo Absoluto», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Universidad Complutense, 21 (1992) al que han seguido la participación y coordinación en la *Semana de autor* organizada por La Casa de América (Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1997) y otros sobre *Los cuadernos de Praga* (Berlín, 2003) y *El largo atardecer del caminante* («Renacer en el atardecer. Alvar Núñez visto por Abel Posse», *América Sin Nombre*, 5-6 (2004), pp. 223-229).

2
Rubén Darío, «Salutación al águila», en *El canto errante*.

3
Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 2a parte, cap. XXIV.



Cristóbal Colón (grabado).

4
1892: *El IV Centenario del Descubrimiento de América*, C.S.I.C., Madrid, 1987.

5
Ibid., p. 113. La página de la cita que sigue de esta obra se indica dentro del texto.

6
Juan Pérez de Tudela, *Mirabilis in altis*, Madrid, C.S.I.C., 1983.

das interpretaciones que rodean a acontecimientos que casi inevitablemente las han suscitado, considerando que en algunos casos éstos versan sobre circunstancias y personajes especialmente proclives a dar lugar a la autoridad creativa.

El caso de Colón, sobre quien tanta tinta se ha derramado, es un importante paradigma de esto. Sabemos, por muchos conductos, pero nos acogemos a la sistematización hecha por Salvador Bernabeu Albert⁴, de las imágenes que con el paso del tiempo llegó a ofrecer el personaje:

En primer lugar está el Colón místico, diseñado por Roselly de Lorgues, conde dentro de la nobleza vaticana, quien llegó a publicar en París en 1845 una obra titulada *La croix dans les deux mondes*, sumamente difundida, en la que proclamó la santidad de Colón, a la que siguió en 1856 *Christophe Colón. Histoire de sa vie et de ses voyages d'après des documents authentiques tires d'Espagne et d'Italie*, libros según los cuales «Colón procedió en su empresa auxiliado por la Santa Sede y sostenido por el clero, actuando «como mensajero del Evangelio y no para añadir tierras a España»⁵. De ahí siguieron muy diversos apoyos, abundante bibliografía incluida hasta finales del siglo XIX, que culminaron en las propuestas de canonización del almirante, que no llegaron, sin embargo, a verse aceptadas por la Congregación de Ritos, cuestión de la que se ocupó Carpentier, desde una posición negativa, en *El arpa y la sombra* (1979).

La segunda imagen, menos exigente, pero igualmente enaltecida en el orden espiritual, fue la del Colón idealista acuñada por una interpretación romántica del mismo sostenida por un gran número de poemas y novelas en varios países de Europa que lo mostraron como «una figura heroica» (p. 114), algo que contó con el asentimiento de don Marcelino Menéndez Pelayo al manifestar su admiración por la biografía hecha por Fernando, el hijo del almirante Colón.

Por último, señala Bernabeu Albert una tercera interpretación, en este caso negativa, del personaje, quien habría ofrecido comportamientos tan lamentables como el de mostrar a la corte de Castilla la gran posibilidad de obtener esclavos que los nuevos territorios ofrecían, actuando como un individuo dominado por la avaricia, la crueldad, el orgullo y

la insensatez, que promovieron el derrumbamiento de su autoridad y su envío a España encadenado. En esta línea crítica están, entre otros detractores, M. Goodrich y María A. Brown, ambos norteamericanos y autores, respectivamente, de *A history of the character and achievement of the so-called Cristophe Columbus* (1874) y *The icelandic discoverers of America or honor to whom honor is due* (1889), donde se acusaba a Colón, entre otras ruindades, de la de haber usurpado a los islandeses la prioridad en el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Los elogios desmedidos y las no menos desmedidas acusaciones que han conseguido resistir los razonamientos y averiguaciones de la crítica más ecuánime, entre la que me complace citar a título de excelente ejemplo el *Mirabilis in altis* de Juan Pérez de Tudela⁶, nos han dejado la estampa de un Colón proclive a las sospechas en cuanto a sus ambiciones y a sus fantasías, inestable en muchos sentidos, demasiado sensible ante el erotismo sin mengua de sus convicciones morales y religiosas, etc. En suma, un personaje que ya ha quedado a partir de cierto momento más a la espera de un narrador literario que de un nuevo historiador, cuyas posibilidades de encontrar inéditos pozos de datos fehacientes se nos antojan escasas, dicho sea con todo respeto por quienes se esfuercen en buscarlos.

Como ha dicho Irving A. Leonard en *Los libros del conquistador*, «esta súbita expansión [en lo que hoy es España] de los horizontes físicos e intelectuales hasta un límite increíble, unida a la convicción de cumplir un destino como instrumento de Dios en la gigantesca tarea de cristianizar el globo, liberó una prodigiosa cantidad de energía nacional y fue un poderoso estimulante de la imaginación (...). Tan extraordinarios eran los hechos de los conquistadores, que el relato estricto que de ellos hacían los prosaicos cronistas parecían novelas de aventuras. La realidad sobrepasaba a la fantasía. Era inevitable que existiesen mutuas interacciones entre los hechos históricos y la literatura de creación, entre lo real y lo imaginario». Así los conquistadores (cita a Vasco de Gama, Colón «y otros navegantes y exploradores») llevaron a las regiones que habían descubierto las creencias de la Edad Media» y así se justifica que «regresasen con noticias de islas misteriosas habitadas por amazonas y de positivas indicaciones de la proximidad del paraíso terrenal». Se facilitó, en suma, de este modo, «la crédula receptividad para los relatos ficticios, tanto de los

exploradores como de los novelistas, sin mayor interés en hacer distinguos entre unos y otros»⁷.

Si esto que podemos calificar como síndrome de los libros de caballerías afectó a Colón, cuya mente desbordaban muchas otras obsesiones, como a tantos otros (quizá el ejemplo más notorio fue el hecho de que el nombre de California proceda de *Las sergas de Esplandián*, y el adjetivo Patagón, y el nombre de él derivado, fuera tomado de un gigante de *Primaleón*, como recuerda Anderson Imbert, entre otros ejemplos, en su conocida *Historia de la Literatura hispanoamericana*, por no entrar en el estudio de Hernández Sánchez-Barba «La influencia de los libros de caballerías sobre el conquistador»⁸). Si esto ocurría, decimos, no es extraño que los primeros lectores, transcriptores e intérpretes de la inigualable peripecia de Colón se vieran especialmente fascinados. Y la cuestión sigue planteándose en nuestro tiempo. Cumplidos los cinco siglos de su muerte, la figura del almirante sigue envuelta, más allá de las ya superadas controversias sobre el lugar de su nacimiento –evidentemente, Génova– y el de dónde yacen sus restos (aunque tales controversias no hayan dejado de contribuir a intensificar su condición de personaje misterioso), en un cierto halo fantástico.

El autor de *Los perros del paraíso*, Abel Posse, se ha acercado a otros varios personajes de los tiempos iniciales de lo que llamamos Hispanoamérica y de la época contemporánea, entre los que son de especial interés Lope de Aguirre, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Eva Perón y el Che Guevara, con el propósito fundamentalmente de interpretarlos, no de parodiarlos, según su mejor saber. En todos ellos, ya lo hemos dicho, concurre la búsqueda de lo absoluto. Posse, respetando sin duda alguna la labor de los historiadores «formales», ha interpretado a sus personajes con la libertad con que ellos mismos actuaron.

Cristóbal Colón, sin haber alcanzado a conocer, naturalmente, el *Elogio de la locura* de Erasmo (introducido por cierto en España en 1516 por su hijo Hernando Colón, personalmente relacionado con el humanista⁹, y sin duda con un justificado interés por los fecundos desvaríos de su padre), había situado su mente en la línea que señalaría el gran pensador, que tanta influencia habría de tener en este país, a la hora de soñar, o de practicar desmesuras. Erasmo, a su vez, pudo partir de ideas que ya tenían difusión ortodoxa: el cristianismo defendido como «locura sublime»¹⁰

por la Escritura y sobre todo por San Pablo. ¿Y por qué no pensar que el apasionamiento colombino –una variedad de la locura que Erasmo juzgaría como fuente del impulso creativo en muchos órdenes y estamentos– no pudo ser tenido en cuenta entre otros modelos que justificaron su *Encomion Moriae*? Además, para la fecunda embriaguez colombina, cabe pensar en la precisión de María Zambrano: «La poesía es embriaguez, y sólo se embriaga el que está desesperado»¹¹. Colón lo estaría a causa de su ansiedad, ansiedad por recuperar la Edad de Oro que todavía había de exaltar Cervantes en el episodio de los cabreros en el *Quijote*. Una Edad de Oro que incluía, ambiciosamente, el Paraíso perdido. Como dijo José Juan Arrom en cierto discurso académico, «La otra hazaña de Colón o la epifanía de América», y cita García Ramos: «Colón, tornando el papel de caballero andante en el de caballero navegante, continúa la estirpe de los Amadis y los Palmerines». Lo cual lleva al mismo García Ramos a añadir más adelante: «El Colón de Posse es (...) un personaje que nos recuerda en tantos aspectos la tenacidad y la obcecación de algunos de los coroneles de García Márquez (...), es acaso el fundador de las más radicales conjugaciones de los ‘realismos mágicos’ o los ‘reales maravillosos’ introducidos mucho más tarde por la terminología crítica hispanoamericana»¹².

Pero también el narrador recuperador del mundo y las ambiciones frustradas se comporta como un poeta y se mueve por una fecunda desesperación que tampoco quiere dejar de tener. Interpretar a un desquiciado –gloriosamente desquiciado– no puede hacerse sino desde el desquiciamiento poético –otra variante gloriosa y, al cabo, irrenunciable de la poesía–. Y estamos ahora hablando de la empresa narrativa de Abel Posse.

Todo cuanto, sin duda con exceso, hemos expresado viene a justificar para quienes lo estimen necesario –no es mi caso– lo dicho por Abel Posse, o aún mejor, su interpretación de los distintos personajes americanos a no ser que optemos por indianos. Posse no pretende ser un historiador; se desenvuelve,



Grabado de la edición de la Carta de Colón a Santángel. Basilea, 1493.

7
Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, pp. 42, 43 y 44.

8
Revista de Estudios Americanos, XIX:102 (Sevilla, 1960).

9
Véase P. Rodríguez Santidrián en su edición de *Elogio de la locura*, Madrid, Alianza Editorial, p. 22, y A. Ruincii de Armas, *Hernando Colón, historiador del Descubrimiento de América*, Madrid, Cultura Hispánica, 1973, pp. 6 y 9.

10
Rodríguez Santidrián, *op. cit.*, p. 20.

11
María Zambrano, *Filosofía y poesía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 33.

12
Juan Manuel García Ramos, *Colón entre la historia y la literatura*, Santa Cruz de Tenerife, Artemisa Ediciones, 2006, pp. 25 y 107.



Abel Posse

13
Abel Posse, *Los perros del paraíso*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987, p. 42. En adelante citaremos por esta edición dentro del texto.

14
Francisco López de Gómara, *La conquista de México*, Madrid, Historia 16, 1987, p. 39.

15
Cit. por Aurelio Miró Quesada en *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas*, Madrid, Cultura Hispánica, 1971, p. 214.

lo repetimos, como un poeta (¿hay algún historiador al que consciente o inconscientemente no le ocurra lo mismo, al menos en algún momento?). Por lo demás, siempre habrá que alabar el duro esfuerzo del hacedor de historia, pero será imposible no aceptar lo dicho. Ciertamente que esto no obliga a Posse a desdeñar sistemáticamente, ni mucho menos, la historia, como cuando, ateniéndose a su rigor, deja claro el origen genovés del almirante, lo cual, por otra parte le facilita enriquecer la complejidad del personaje. Si se apropia de él no es para manejarlo sistemáticamente a la ligera. Las libertades que con la manipulación de la historia se permite no son arbitrarias. No actúa con una irreverencia que se basta a sí misma (lo cual sería, por cierto, totalmente lícito). En mi opinión, lo hace con el mismo propósito de buscar la realidad última del personaje y «su tiempo» —sea el que conoció o el que inauguró— que le acompaña en todas sus novelas.

Uno de los momentos clave en los que el novelista justifica su posición ante el hecho literario es aquel en que recoge el ambicioso pensamiento de la reina Isabel cuando, tras escuchar los consejos de su madre, en los que se mezcla el conservadurismo en cuanto al dominio de la sensualidad y la acción más enérgica contra los enemigos, decide convertir la suya en formidable cruzada, lanza una proclama en la que «freudianamente buscó una ideología para encauzar tanto deseo en una superestructura adecuada», a lo que acompaña el siguiente comentario: «Los cronistas no retienen el texto de aquella proclama; como siempre, captan lo fácil»¹³.

Entendemos que aquí reside lo que acaso constituye uno de los puntos esenciales, que insta a ir más allá de lo que era habitual en los cronistas, algo a lo que ya nos hemos referido con anterioridad: dibujar un panorama en el que encajen los hechos que mejor se adecuen a la visión coherente de la conquista. Los ejemplos nos salen continuamente al paso. Uno de los editores, y crítico, de Francisco López de Gómara, José Luis de Rojas, comenta sin dejarse atrapar por las estrategias del objeto de su estudio: «Parece que Gómara gustaba más de las grandes hazañas que le permitían lucirse en el relato. Esto cuadra con su espíritu renacentista»¹⁴. Ciertamente que el mismo crítico destaca como un mérito, que se entiende como excepcional, el esfuerzo del cronista por informar sobre hechos que pueden resultar tediosos por su insignificancia. Recordemos también que había otras razo-

nes: las crónicas a juicio de sus comentaristas habían de ser ejemplarizantes, de modo que el propio Inca Garcilaso declara en alguna ocasión que renuncia a contar algunos hechos por carecer de ese valor. Por otro lado había de buscarse que el relato, aun siendo de interés, no fatigara al lector. Así, el Inca anuncia que va a simplificar cierta información «por que la historia no canse tanto»¹⁵, a la par que silencia casi sistemáticamente cuanto pueda representar aspectos positivos de los pueblos del antiguo Perú que fueron sometidos por los incas, siguiendo en esto, por cierto, pautas marcadas por los clásicos latinos, como Tito Livio y Salustio, sin llegar a conceder a los incas, orgulloso de estar ligado a ellos desde su opción por asociarse a la cultura hispánica y cristiana, los valores que sólo con ésta se impusieron en el Perú.

Sean cuales fueren las razones o los casos, lo cierto es que la historia oficial de la América en la etapa anterior o inmediatamente posterior al Descubrimiento resulta discutiblemente fiable en su integridad. Enfrentados a esto, entendemos que cualquier literato —sírvanos este adjetivo de amplio espectro— está legitimado para salirse de los estrictos cauces de esa historia. (No entremos en si acaso lo dicho no concierna sólo al terreno que nos ocupa).

Tal sucede en el caso de Abel Posse. Pero no interpretemos sus «licencias» en el sentido de que desea poner en el ámbito de lo verdadero cuanto concierne al antes y el después inmediatos a la gesta de Colón. Su método no es el de buscar las constataciones más rigurosas o más acreditadas para apoyarse en ellas con el fin de fijar la historia auténtica. Por el contrario, desde la libertad más absoluta, la del poeta deseoso de saber, llena de matizaciones y fundadas alteraciones los hechos que describe, sin la pretensión de actuar desde lo que comúnmente se llama rigor, pero sin rehusar por sistema el legado de la historia oficial. Goza de la libertad de interpretar desde su lógica o desde la autoridad del demiurgo. Yo diría que nada es gratuito en su relato. No es ningún desatino ver al May Flower cruzándose con las carabelas, oír sonar «El manisero», en algún barco festivo, el uso de argentinismos por Colón «en la terminología del tango y del lunfardo», y las notas a pie de página «para aclarar extremos opacos del texto principal...», si bien el intento de tales aclaraciones «más parece una enfatización del dato tergiversado... que un verdadero interés por regresar

al razonamiento lógico»¹⁶, convertir en uno solo los cuatro viajes del almirante, revelar la concupiscencia de la reina Isabel, puntualizar la relación erótica de Colón y Beatriz de Bobadilla en La Gomera, hacer comparecer aquí y allá a la Beltraneja, aterrada por la amenaza que se cierne sobre ella, mientras el general Queipo de Llano, el que ordenó «dar café» a García Lorca, Díaz Plaja y Eugenio D'Ors aguardan ser recibidos por Enrique IV, ver a un Nietz(sche) con su anuncio de que «Gott ist tot» (p. 90) convertido en lansquenete, saber que al fin del relato, mientras Colón vuelve a España encadenado, quedan en el Nuevo Mundo, compartiendo espacio con el Palacio de la Inquisición el Banco Santangel, Hawkins Ltd., la United Fruit, La Agencia Cook, el Hotel Castilla, el Salón de Belleza Bologna, el anuncio de los Refrescos Sagarúa, mientras los perrillos mudos se encaminan pacíficamente hacia el sur... Todo eso y un muy largo etcétera, no es ningún dislate, repetimos. El resultado de un pormenorizado análisis no sería otro que todo, mezcla

de personajes, de tiempos, de circunstancias, responde a una visión viva de lo que fue y de lo que ha seguido siendo América y cuantos fueron afectados por la empresa colombina. Visión intuitiva pero probablemente más cierta que la de las crónicas oficiales. Y por supuesto no olvidamos el Paraíso, causante implícito de todos los males, porque, como ha señalado Bellini, la causa del desastre final está en que «la desaparición del mal le quita sabor a la existencia»¹⁷. Y aquí me permito recordar a un casi olvidado gran novelista español, Wenceslao Fernández Flórez, quien en su obra *Las siete columnas* (1932), desarrolló en cierto modo la misma idea: sin los siete pecados la humanidad no funciona. De ahí la importancia del «putroppo», que ha suscitado una lógica interpretación por el Dr. Bellini, y que los lectores poco conocedores de la lengua italiana no siempre han tenido muy en cuenta, cuestión paradójica, más aún si nos interesa interpretar que el almirante se siente «invencible», por la importancia de su gesta, al murmurar aquella palabra.



Portada de la edición de la *Semana de autor* dedicada a Abel Posse.

16
García Ramos, *op. cit.*, pp. 86 y 87.

17
Giuseppe Bellini, «El Colón de Abel Posse», en AA.VV., *Caminos hacia la modernidad. Homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*, Die Deutsche Bibliothek, Frankfurt am Main, Vervuert, 1993, p. 130.